

Ayur, Iruene., *Hoy huele a vainilla en la bañera*. Tenerife: LeCanarien, 2025, 49 págs.

María Gómez García
Universidad de La Laguna (ULL)
@margomezgar - ORCID: 0009-0004-0507-978X

Desde que soy chiquita, vivo en el mismo pueblo pequeño de Tenerife, conozco los mismos rincones, a las mismas personas, la misma nostalgia. Cuando saco a pasear a mi perra, Wendy, me atacan la intermitencia, el desespero, el agobio por bajar la calle en vez de subirla. Algunos días, cuando estoy más relajada, le digo «bueno, Wendita, hoy decides tú a dónde vamos, que el paseo no es mío». Ella mueve el rabo y siempre sube la calle. Pasamos por todos los rincones que tan bien conozco: el parque húmedo en el que me tapaba el cuello porque mi madre me decía podría enfermarme, el instituto en el que temblaba cuando los alumnos mayores fumaban porros en la salida, el puente, que ahora está hundido, por el que subía con mis amigos y amigas cuando nos fugábamos de clase para ir al bar de la esquina a desayunar churros. Todo sabe a intermitencia, un mundo que conozco como la palma de mi mano, pero del que huyo porque me recuerda al estancamiento. Empiezo la reseña con esta anécdota autoficcional porque *Hoy huele a vainilla en la bañera* transmite todas esas sensaciones sobre el lugar que nos ha visto crecer.

Iruene Ayur crece, como bien expone su poemario, en las huertas de Tenerife. Se dedica a la escritura y al arte, y publica algunos poemas en revistas como *Aguaviva*. En 2024, se presenta al *Meeting Literario* que organizan la Escuela Literaria y el Cabildo de Tenerife, un proyecto que busca publicar la primera obra de algunos autores canaries. Tras el proceso de selección, la editorial LeCanarien decide editar su poemario, *Hoy huele a vainilla en la bañera*, que aborda la pérdida de los lugares, la soledad y la pertenencia a la tierra. Cito textualmente la contraportada: «Un día te despiertas y en la huerta de enfrente ya no se plantan papas; los mirlos se han ido, las flores no crecen, y de los árboles frutales ya solo cuelgan hojas secas. No queda sino la tierra».

La obra está formada por veintiséis poemas que se dividen en tres partes. La primera, «El brote», es una narración descarnada del dolor, de la no-pertenencia al lugar que se habita y de la pérdida del paisaje; la segunda parte se titula «El germen» y describe a un *yo* poético que siente ansias por desprenderse de todo aquello que lo conforma. Por último, se abre «La semilla», conclusión del poemario, que, con una visión más esperanzadora, describe los elementos que producen ternura, lo que nace del brote a pesar de los gérmenes, lo que pervive, aunque sin dejar atrás los rasgos que detesta de sí mismo.

Iruene comienza la obra con una cita de Lana Corujo, autora de *Han cantado bingo* (2025) y *Ropa vieja* (2021), que cita «Esta isla me muerde de una forma diferente», de acuerdo con el espíritu del poemario. Tras esta reflexión sobre lo insular y la relación con el cuerpo, comienza la lectura de «El brote», que transita sentimientos tan profundos como el odio y el estatismo. Se refleja en los poemas cómo los elementos de la vida cotidiana vienen y se van:

Hay.
Hay una calle.
Una calle y una casa.
Una casa a medias y medio árbol (p. 13).

En esta primera parte se representa la vida como dolor. El odio, la pérdida y la soledad son las emociones que se guardan de las vivencias del día a día. Como cita el título de uno de los poemas, «Despertar es morir de nuevo», el *yo* poético se acomoda en lo onírico, en el sueño, en vivir dormido. Incluso el paisaje, con el que se identifica, se desfigura:

Últimamente miro nostálgica por la ventana
intentando encontrar un paisaje
que me traiga de vuelta a la cordura, y no lo veo (p. 16).

Esta parte finaliza con «La caída», como reza el título de otro de los poemas, que describe el derrumbamiento del *yo* poético, la pérdida de sí misma y, a su vez, del territorio que lo acompaña: «todo lo que queda en esta isla no es sino polvo».

La segunda parte expone el proceso de recuperación y las ansias por el cambio; sin embargo, todo lo que queda está enfermo y mustio. El *yo* poético quiere arrancarlo, romperse las uñas y escarbar en el daño. Iruene muestra estas ansias por alzarse y destruir lo que ha muerto en poemas como «Primigenio» o «La tierra», con versos tan potentes como:

Quiero que se desmorone la casa,
que solo queden los cimientos,
y que después descanse la tierra que los sostenía (p. 23).

Aun así, se muestra como un proceso que el *yo* poético debe llevar a cabo en soledad, ante la presencia del vacío. Pese a las ansias por el cambio, aún vive y, por tanto, aún sufre. Debe enfrentarse a ese sentimiento para que la tierra pueda parir su semilla. Debe convivir con la culpa y con la soledad para crecer:

Siempre soy culpable
tanto
que me he quedado sola en esta cárcel (p. 27).

Esta parte se enlaza con el rechazo al territorio, al que también desea dejar atrás, como si no le permitiera evolucionar, como si le machacara las alas y necesitara irse para sobrevivir. Aun así, se expresa el terror por el descubrimiento de nuevos lugares, por dejar atrás lo conocido y rutinario, como si la pervivencia de lo que conoce dependiera de su presencia:

Si me marchó y no vuelvo,
si me pierdo en el camino y lo olvido,
si me caigo y no sé levantarme,
si me condenan o me condeno,
si ya no me quedan motivos para regresar a casa
¿qué ojos lucharán el suelo que me dio vida? (p. 29).

El vacío, la pérdida del *yo* poético, la soledad que la atraviesa y las ansias por evolucionar se representan a través del cuerpo, de las sensaciones físicas que generan dolor, como se expone en el poema «¿Dónde está mi cuerpo?». Esto nos dejan con una incógnita: ¿conseguirá el *yo* poético alzarse?

Iruene da la respuesta en la tercera y última parte, que, desde el título, «La semilla», denota esperanza y confrontación con el dolor. Los poemas que finalizan

Hoy huele a vainilla en la bañera se relacionan con lo diminuto, con las pequeñas cosas que conforman al *yo* poético y le permiten acercarse a la felicidad: La Laguna, la gata, los libros, la abuela. Son los elementos que la conforman, que la ayudan a dejar de sentir soledad. Aunque se muestra dolida con algunos cambios y aún rechaza cuestiones de sí misma y del entorno, la cotidianidad la mantiene y la abraza: termina por aceptar la pérdida. No es necesario tenerlo todo, simplemente disfrutar de los detalles que la hacen feliz:

A mi alma gemela.
A mi hermana mayor.
A todas las madres de amigas
que alguna vez me hicieron sentir cuidada.
A los transeúntes que fueron amables
cuando me vieron llorar en la vía pública.
Y a La Laguna,
por ser la casa en la que me refugio
y el trocito de tierra al que llamo hogar (p. 45).

El poemario termina con una mezcla agri dulce de sentimientos. El *yo* poético, tras el cambio, ha conseguido convertirse en semilla. Sin embargo, guarda en la conciencia los elementos y personas que no la sueltan, se reconcilia con el territorio que la vio crecer y vuelve a todo lo que lo esperaba mientras transitaba el duelo.

A veces tengo miedo
de que la suciedad que contengo
no quepa en este mundo (p. 49).

De esta manera finaliza *Hoy huele a vainilla en la bañera*, el primer poemario de Iruene Ayur, que logra transportarnos a su universo personal y nos permite conocer a un *yo* poético que transita por diferentes estados de ánimo, una cuestión puramente humana, que logra a través de las sensaciones corporales, del dolor y de la pérdida. Es una lectura breve, pero que cambia algo dentro de los lectores. Sin duda, esperamos con ansias las próximas publicaciones de la autora, que volverá a enredarnos en una espiral de sensaciones agradables, desagradables, y, sobre todo, que nos agiten algo en el pecho.

Bibliografía

Ayur, Iruene., *Hoy huele a vainilla en la bañera*. Tenerife: LeCanarien, 2025.